

un carrito. Sin encontrar el sitio que me habían indicado, empecé a dar vueltas y más vueltas por las calles desconocidas de aquel barrio, hasta que me empecé a sentir perdido. Mientras trataba en vano de ubicarme, observé que a mi costado derecho el sol proyectaba la sombra silenciosa de un individuo contra el muro blanco de una casa. Intenté mirar hacia este, pero el sol me dio de lleno en los ojos de manera tal que me impidió detallar

no tenía motor ni remos. A ese punto, la sombra compañera y yo nos montamos y la canoa se puso mar-samente en movimiento. Empezó a alejarse muy despacio del pequeño muelle de madera. Cuando traté de detallarlo, a la distancia, se había vuelto ya un espejismo. No sé por cuánto tiempo navegamos porque me dormí en el bote. Recuerdo haber despertado una vez flotando en el medio de un río seco. La barca estaba rodeada de

algas rojas, y no pude menos que reír del tonto escenario que me rodeaba mientras trataba de coger algunas de aquellas algas, que también flotaban en la nada. Sin embargo continúa navegando en aquellas condiciones hasta darme cuenta que, con el avanzar de la tarde y el retroceso del sol, la sombra había desaparecido de mi lado. ¡Podía ahora pensar en volver a mi casa, ya nada me lo impedía!, pero estaba en el medio de un río sobre una

con Jaime y otros amigos de la calle, mientras los adultos dormían, nos dedicábamos simplemente a hablar de espectros y apariciones debajo de los árboles de mango en el baldo de la esquina. Una vez me encontraba solo, y bastante lejos de mi casa, pues andaba deambulando en busca de un depósito de chatarras y autos viejos, donde me habían dicho que se podían encontrar los ruemanes usados que necesitaba para armar

tenebrosas al lado de aquella sombra, pasamos por callejones de profundos zanjones y baldíos llenos de yuyos altos y rastrojos con muros a los costados. Yo ansiaba ver pasar a alguna persona para pedir ayuda, pero sabía que a esas horas el barrio estaba vacío. Nadie parecía existir además de aquella sombra que me llevaba del brazo, y de un gato de colores que observé cazando una lagartija al lado de un rancho abandonado. Tenía mucha

sed; el calor era intenso y el reverbero producido en el asfalto derretido de ciertas calles devolvía a mis ojos charcos imposibles de agua fresca y cristalina. Deseaba escapar de aquella angustiada situación, pero me sentía débil, sin ninguna fuerza en las piernas para correr hacia mi casa. De tanto en tanto, siempre en voz baja, la sombra continuaba rezando a mi lado, ora en español, ora en guaraní, con aquella voz extraña que poco a poco se

Herico Campos Cervera  
(1950)

Mi amigo Jaime juró con gravedad conocerlo. Contó que era un hombre con aspecto de campesino que caminaba por las calles durante la siesta, que andaba descalzo y usaba un sombrero de paja. Afirmó haberlo visto una vez, mientras

generalmente yo aprove-  
chaba para salir a jugar en  
la soledad de las calles de  
Sajonía, mi barrio. Era el  
momento del desquite,  
cuando podía hacer todo lo  
que no me estaba permitido  
en otras horas. Era el  
tiempo de abandonar los  
zapatos para emprender  
descalzo largas expedicio-  
nes a los bañados, deam-  
bular con mi rueda y su  
alambre por los barrios  
aledaños o jugar bolitas en  
los empedrados imposibles  
de Asunción. Otras veces,

pescaba en el río; estaba en  
compañía de un niño (sí,  
porque El Señor de la Siesta  
se robaba a los niños). Yo  
había quedado tan impre-  
sionado con aquella historia  
que por una semana había  
decidido quedarme en casa  
después de comer. Pero no  
duró mucho esa precau-  
ción y al poco tiempo me olvidé  
de aparecidos y fantasmas.

Después del almuerzo,  
cuando el calor de la siesta  
lo volvía todo pesado y los  
mayores entraban en el  
letargo del sueño,

barca sin piloto ni remos,  
corriente abajo, a la deriva.  
Se me redobó la angustia y  
en la impotencia de mi  
soledad, comencé a llorar  
desconsolado.  
Cuando abrí los ojos,  
encontré la cara asustada  
de mi tía Antonia, que con  
su mano mojada me acari-  
ciaba el rostro para desper-  
tarme. Me levanté de la  
hamaca con los pies hin-  
chados y doloridos. Mi tía  
me preguntó por qué tenía  
las manos manchadas de  
bermellón, y aunque no

supe contestarle, recordé  
vagamente unas ciertas al-  
gas rojas.

Hasta el día de hoy,  
cuando durante la siesta, en  
Asunción, veo a un niño  
solo por alguna calle de  
barrio, no puedo evitar  
recordar a mi viejo y buen  
amigo Jaime. Y esta  
pequeña historia.

pero la sombra no me lo  
permitió. A lo lejos vi a mi  
amigo recoger apresurado  
sus aparatos y salir corrien-  
do barranca arriba. Mien-  
tras esperábamos el bote  
que nos llevaría hasta el  
otro lado del río, pude sen-  
tarme en el muelle y meter  
los pies en el agua. Tenía la  
planta de los pies hinchada  
y dolorida por todo lo que  
había caminado.  
Una barca se acercó lenta  
y pesadamente a nuestro  
embarcadero para recoger-  
nos. Venía sola, sin piloto y

me iba volviendo familiar,  
trayéndome a la inquie-  
tante realidad que estaba  
viviendo.

Cruzamos una plaza, que  
parecía ser el límite de la  
ciudad, donde solo había un  
chivato florecido y una  
solitaria banca de hierro  
debajo. Cuando llegamos a  
un río de color marrón  
profundo que corría lento  
hacia el este, creí ver a mi  
amigo Jaime pescando en  
un amarradero, a la sombra  
de un cobertizo en ruinas.  
Me agité e intenté llamarlo,

al dueño de aquel perfil que  
se proyectaba contra el  
muro. En un tono bajo pero  
autoritario, y con dos pala-  
bras, el personaje me pidió  
que lo siguiera. Yo me asusté  
tras esperarnos el bote  
que nos llevaría hasta el  
otro lado del río, pude sen-  
tarme en el muelle y meter  
los pies en el agua. Tenía la  
planta de los pies hinchada  
y dolorida por todo lo que  
había caminado.  
Una barca se acercó lenta  
y pesadamente a nuestro  
embarcadero para recoger-  
nos. Venía sola, sin piloto y

mía, cuando empecé a  
darme cuenta de que la  
imagen oscura que me  
arrastraba iba descalza y  
llevaba un sombrero de paja  
y ala ancha. Impresionado,  
comencé a sollozar hacia  
adentro, para que el oscuro  
personaje no se diera cuenta  
de mi miedo, hasta que lo  
empecé a escuchar rezando  
en voz baja algo que se  
parecía a un avemaría, pero  
en guaraní. Eso me calmó  
un poco.

Caminé mucho tiempo  
por calles solitarias y